

## La autoría compartida de *Don Quijote*: los cronistas americanos de esta “peregrina historia”

Por *Fernando AÍNSA\**

*Retrátame el que quisiere —dijo Don Quijote—, pero no me maltrate*

Don Quijote, II, LIX

EN EL BREVE RELATO “La juventud de Don Quijote (de Cervantes)” incluido en *El libro negro* (1951), el escritor italiano Giovanni Papini, creador del inefable personaje Gog, nos cuenta el hallazgo de un texto autógrafo e inédito de Cervantes entre una colección de manuscritos desconocidos comprados a un anticuario de Londres. Lo interesante del texto encontrado —que, al parecer, Cervantes no habría podido terminar antes de su muerte— es que aborda uno de los puntos más intrigantes de la vida de Alonso Quijano: su pasado. ¿Cuál fue la infancia y la juventud de quien, al “frisar los cincuenta años”, se transformaría en Don Quijote? El manuscrito *Mocedades de Don Quijote* nos lo revela, no sin dejar de sorprendernos.

Según el original inédito de Cervantes, Alonso Quijano provendría de una familia noble venida a menos; habría sido un errático estudiante en Salamanca, oscilando entre la filosofía y las letras y, tras un amor frustrado, novicio en un convento de carmelitas donde sufrió la decepción de comprobar cuán mundana era la conducta de los religiosos. Gracias a la protección de un tío marqués, y con casi treinta años de edad, Alonso Quijano entró en la Corte de Madrid. Nuevas frustraciones le aguardarían: intrigas, altanería de los grandes y comportamiento rastroso de los humildes; celos y corrupción de su entorno que lo llevaron a solicitar un nombramiento en el Nuevo Mundo como oficial de la guardia de un virrey, lo que —según el manuscrito— le fue concedido. Alonso Quijano parte, entonces, a las Indias.

Lo que no pudo conseguir el propio Cervantes lo habría obtenido su personaje Alonso Quijano, aunque Papini sugiere en la ambigüedad del título de su relato —“La juventud de Don Quijote (de Cervantes)” — que también ése pudo ser el destino de su autor. Sin embargo, en Amé-

\* Escritor y ensayista, e-mail: <fainsa@telelineb>

rica, el futuro Caballero de la Triste Figura, no sólo descubre la grandiosa naturaleza ante la que se rinde admirado, sino también “las atroces exacciones y cargas a que eran sometidos los pobres indios”. Al parecer: “La crueldad y la jactancia de los conquistadores, la avidez y concusión de los oficiales del Gobierno, los abusos y depravaciones de la soldadesca, le llenaron de náuseas, de repugnancia y de horror”.<sup>1</sup>

“Cristiano y gentilhomme como era, el futuro defensor de los débiles” no pudo soportar la visión de esas iniquidades y las denunció ante el Consejo de Indias. Sin embargo, el inquisidor encargado de su verificación, coludido con el virrey, dictaminó que eran el fruto de un “loco desatinado”, de un visionario calumniador, por lo cual Alonso Quijano es arrestado, conducido a España y encarcelado en Alba de Tormes donde, sin ser juzgado por ningún tribunal, pasa varios años prisionero. Liberado al fin, melancólico y derrotado, vuelve al hogar paterno, para consagrarse a la lectura de libros de caballería y refugiarse en la fantasía de la épica. El resto es historia conocida, porque en ese momento de la vida de Alonso Quijano—“frisando la cincuentena”—empieza la consagrada novela de Cervantes.

La desconocida experiencia americana del hidalgo manchego revelará su importancia. Al final del relato sobre “la juventud de *Don Quijote*”, Gog, el narratario de Papini, anota en su diario: “me parece que en esta obra apenas esbozada, actualmente en mi poder, se encuentra la verdadera clave y justificación de las fantasías y de las empresas de Don Quijote de la Mancha”. Y sentencia: “Quien no conoce la juventud de Alonso Quijano, no puede comprender la madurez de Don Quijote de la Mancha y sus generosas extravagancias”.<sup>2</sup>

La metáfora existencial sugerida—América como catalizadora del loco sentimiento de justicia de Don Quijote—instala la génesis de la novela en una dimensión donde el Caballero de la Triste Figura se convierte no sólo en contemporáneo de Bartolomé de las Casas (1472-1566), sino en compañero de su lucha. Esta americanización de Don Quijote o la identificación en la obra de Cervantes de aspectos y preocupaciones americanas—que no es lo mismo, aunque lo parezca—me ha interesado siempre. Porque la singular fortuna del *Quijote* en América no sólo es la de una obra exitosa ampliamente difundida, sino fuente de una renovada inspiración que se prolonga en otros textos, se reencarna y reescribe a través de los siglos, como si Don Quijote

<sup>1</sup> Giovanni Papini, “La juventud de Don Quijote (de Cervantes)”, en *El libro negro*, Obras, tomo I, Madrid, Aguilar, 1962, p. 740.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 741.

quisiera volver a las fuentes de su secreta estadía juvenil en el Nuevo Mundo.

### *La descendencia americana de Don Quijote*

A partir de la versión imaginada por Papini en *El libro negro*, quisiera, pues, aventurar algunas hipótesis para comprender por qué Don Quijote se reencarna y cabalga con éxito por la Patagonia de la mano de Juan Bautista Alberdi, por una Cuba identificada como “Ínsula Encantada”<sup>3</sup> y por los Andes venezolanos con Tulio Febres Cordero transfigurado en el caballero cosmopolita de la Libertad y el Progreso, antes de perderse en los juegos oníricos de Jorge Luis Borges,<sup>4</sup> Enrique Anderson Imbert,<sup>5</sup> Augusto Monterroso,<sup>6</sup> Juan José Arreola,<sup>7</sup> Marco Denevi,<sup>8</sup> Mario

<sup>3</sup> Luis Otero y Pimentel escenifica *Semblanzas caballerescas o las nuevas aventuras de Don Quijote de la Mancha* (1886) en Cuba a la que el protagonista llama “Ínsula Encantada”.

<sup>4</sup> “El hidalgo fue un sueño de Cervantes / y don Quijote un sueño del hidalgo / el doble sueño los confunde y algo está pasando que pasó mucho antes”, nos dice Borges en “Sueña Alonso Quijano”, en *La rosa profunda*, Buenos Aires, Emecé, 1975.

<sup>5</sup> En un juego en el que un sueño tal vez se produce en el interior de otro, Enrique Anderson Imbert narra en “La cueva de Montesinos” cómo Don Quijote sueña durante tres noches seguidas que se encuentra con el mago Merlin y cuando éste le va a hablar, se despierta. El sueño parece confirmarse cuando Don Quijote desciende a la cueva donde encuentra realmente al mago quien, al reconocerlo, se muestra extrañado de que cada vez que lo ha invitado a entrar a su palacio se ha desvanecido. Enrique Anderson Imbert, “La cueva de Montesinos”, en *El gato de Cheshire*, Buenos Aires, Losada, 1965, p. 135.

<sup>6</sup> Las referencias de Augusto Monterroso a Don Quijote son múltiples, especialmente en *Lo demás es silencio* (Barcelona, Seix Barral, 1982), donde reseña en forma deliberadamente ramplona una nueva edición del *Quijote* a la que sigue una carta de un lector indignado por los errores que contiene. En otros textos Monterroso se divierte combinando los apellidos de Gustavo Doré (ilustrador del *Quijote*) y Alberto Durero o presuponiendo que Cervantes usó el pseudónimo de Avellaneda y, por lo tanto, fue el autor del *Quijote* apócrifo.

<sup>7</sup> Según Juan José Arreola, Dulcinea es la causa de la locura de Don Quijote. Alonso Quijano se “pasó la vida eludiendo a la mujer concreta”—nos dice— prefiriendo el goce de la lectura y los “vagos fantasmas femeninos” que aguardaban a los caballeros al fin de sus aventuras. Cuando una joven campesina “con un fuerte aroma de sudor y lana” lo asedia, el hidalgo se vuelve loco y se lanza a las conocidas aventuras narradas por Cervantes. A su regreso y cuando muere: “un rostro polvoriento de pastora se lavó con lágrimas verdaderas, y tuvo un destello inútil ante la tumba del caballero demente”; cf. Juan José Arreola, “Cantos de mal dolor”, en *Bestuario*, México, Joaquín Mortiz, 1978, p. 76.

<sup>8</sup> Si en América Don Quijote se transforma en un personaje proteico de variadas aristas, también lo hace Dulcinea del Toboso. Según Marco Denevi, quien ha perdido realmente la razón leyendo novelas de caballería es Aldonza Lorenzo, una moza que se hace llamar Dulcinea del Toboso. En su delirio se inventa un galán al que da el nombre de Don Quijote de la Mancha, locura que aprovecha “un hidalgo de los alrededores, un tal Alonso Quijano” para hacerse pasar por el propio Quijote. La versión de Denevi incluye otras variantes. Según la más original, habría habido una verdadera “epidemia de Dulcineas”

Levrero<sup>9</sup> o Ana María Shua<sup>10</sup> y que su espíritu haya impregnado obras tan diversas como *Martín Fierro*, *Don Segundo Sombra*,<sup>11</sup> *La guerra del fin del mundo*<sup>12</sup> o *El mundo alucinante*;<sup>13</sup> o Alejo Carpentier pudiera hacer creíble su *boutade*: “Cervantes es el novelista mayor de Cuba” y Carlos Fuentes configurara su “territorio de La Mancha” a

a partir del rumor de que un joven apuesto y rico, locamente enamorado de una dama del Toboso a la que no conoce, vendría en cualquier momento a pedir su mano. Todas las jóvenes del pueblo quieren ser la Dulcinea de los amos de ese caballero andante y lo aguardan en vano. Envejecerán solteras entre suspiros. “Las versiones, orales y disímiles, dirán que Don Quijote se ha prendado de la dama sin haberla visto sino una sola vez y desde lejos. Y que, ignorando como se llama, le ha dado el nombre de Dulcinea. También dirán que en cualquier momento vendrá al Toboso a pedir la mano de Dulcinea”, Marco Denevi. “Dulcinea del Toboso, en *Falsificaciones*, Buenos Aires, Corregidor, 1999, p. 276.

<sup>9</sup> A partir del famoso relato de Borges, Mario Levrero propone que “Pierre Menard, autor del *Quijote*” en realidad fue escrito veinte años antes por un italiano llamado Giambattista Grozzo y publicado en una revista donde colaboraba Italo Calvino. Un investigador, Salvatore Ragni, habría descubierto que Borges, impresionado por la teoría de la “reescritura”, no hizo otra cosa que traducir el texto de Grozzo del italiano. Rizando el rizo, Levrero se pregunta si en realidad Grozzo no sería un pseudónimo del propio Borges que habría decidido, ayudado por Calvino, publicar una primera versión en italiano de Pierre Menard.

<sup>10</sup> Ana María Shua imagina que a través de un “instrumento rudimentario” para entrever el futuro, Cervantes pudo conocer la obra de Pierre Menard antes de componer su *Quijote*; Ana María Shua. “El ojo de la cerradura”, en Julio Ortega, ed., *La cervantiada*, Madrid. Ediciones Libertarias, 1993, p. 117.

<sup>11</sup> Es “del eterno Quijote la aventura / porque Quijotes nuestros gauchos fueron”, se versifica en *Don Quijote en la pampa* (1948) de Pedro Manuel Eguía y Fernando Vargas Caba. Antonella Cancellier al analizar esta obra reconoce que “hay algo entrañable en la inserción del tema cervantino en el mundo rioplatense, y hay algo profundo y trascendente en el perpetuarse del dinamismo caballeresco en aquellas tierras”. La recepción del mito se refleja en los arquetipos de la pampa y la meseta castellana, del caballero y el gaucho y en los paradigmas del *Quijote* que se reconocen en *Martín Fierro* y *Don Segundo Sombra* en los que coincide la crítica argentina (Ricardo Rojas y Emilio Carilla) y española (Azorín y Guillermo Díaz Plaja). “El personaje, una vez independizado de su autor —recapitula Cancellier— pasa a ser objeto de una continua re-creación a través de adaptaciones, trasposiciones, interpretaciones, parodias, citaciones, pre-textos, *pastiches*, y otras estrategias de recuperación”, en Antonella Cancellier, “*Don Quijote en la pampa: una reescritura en versos gauchescos de la I parte del Quijote de Pedro Manuel Eguía y Fernando Vargas Caba*”, en *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, tomo II, Palma, Universitat de les Illes Balears, 2001, p. 1122.

<sup>12</sup> Guadalupe Fernández Ariza rastrea el espíritu quijotesco de *La guerra del fin del mundo*, en “Mario Vargas Llosa, lector de Cervantes”, Homenaje a Mario Vargas Llosa, Almdralejo, 2005.

<sup>13</sup> Ana Pellicer sostiene que en *El mundo alucinante* de Reinaldo Arenas el homenaje a Cervantes “se transforma en parodia precisamente para ser un verdadero homenaje entendido a la manera cervantina”, Ana Pellicer, “Quijotismo y cervantismo areniano en *El mundo alucinante*. Del homenaje a la parodia”, en *Actas del Congreso Territorios de la Mancha. Versiones y subversiones cervantinas en la literatura hispanoamericana*, Almagro, 27-30 septiembre del 2004, en prensa.

partir de la lengua común compartida.<sup>14</sup> Una dimensión americana que Dante Medina convierte en el simbólico encuentro de Don Quijote con el poeta nahuatl Nezahualcóyotl, auténtico paradigma del “encuentro de dos mundos” conmemorado en 1992.<sup>15</sup>

Un vasto campo de influencias y transtextualidades en el que todos nosotros estamos inmersos en Salamanca y del que una abundante bibliografía ya existente debería disuadirnos de cualquier esfuerzo por ser originales.<sup>16</sup> Rodeados de homenajes, congresos, coloquios y ediciones de todo tipo, tal vez no sea inoportuno suponer —con Monterroso— que los primeros lectores del *Quijote* se reían; “los románticos comenzaron a llorar leyéndolo, excepto los eruditos [...] y los modernos ni se ríen ni lloran con él, porque prefieren ir a reír o a llorar en el cine, y tal vez hagan bien”.<sup>17</sup>

Condición abrumadora de una bibliografía y un culto que en el relato *Así pensó el niño* de Carmen Boulosa se convierte en origen de un cataclismo. El niño protagonista, frustrado en su condición de escritor por un padre que desprecia las letras, decide eliminar *Don Quijote* de la historia de la literatura, lo que provoca una apocalíptica catástrofe: detrás de ella desaparecen sus estudiosos, exégetas y seguidores, se desvanecen bibliotecas cervantinas, monumentos y hasta buena parte de sus incondicionales lectores. Tal es la cuantiosa herencia de Cervantes repartida por el mundo entero que descubre atónito el vengativo niño.<sup>18</sup>

<sup>14</sup> Carlos Fuentes en *Cervantes o la crítica de la lectura* (México, Joaquín Mortiz, 1976), proyectó la modernidad de la novela desde la orilla americana del idioma, donde el *Quijote* habría sido la caja de herramientas del español más creativo de los autores latinoamericanos contemporáneos. Para Fuentes, Colón y Cervantes se embarcaron en “la nave de los locos” para descubrir uno el Nuevo Mundo y el otro la novela moderna.

<sup>15</sup> Dante Medina, “Un encuentro de dos mundos”, en Ortega, ed., *La Cervantiada* [n. 10], pp. 65-71.

<sup>16</sup> Fernando del Paso recuerda que ya en 1998, la bibliografía del Quijote contaba con más de cinco mil títulos y casi diecinueve mil entradas, sin contar las numerosas bibliografías nacionales cervantinas existentes en la América de lengua española. Fernando del Paso, *Viaje alrededor de El Quijote*, Madrid, FCE, 2005, pp. 16 y 33.

<sup>17</sup> Augusto Monterroso, “A escoger”, en *Movimiento perpetuo*, Madrid, Biblioteca El Mundo, 2001, p. 111.

<sup>18</sup> Carmen Boulosa, “Así pensó el niño”, en Ortega, ed., *La cervantiada* [n. 10], pp. 25-31. “Voy a vengarme —dice el niño. Voy a borrar un solo libro, sólo un libro voy a borrar del mundo” y elige el *Quijote*. En la novela histórica *La otra mano de Lepanto* (Madrid, Siruela, 2005), Boulosa retoma el tema cervantino al propiciar un encuentro de su protagonista, Preciosa, una gitanilla cautiva y perseguida, con el propio Cervantes en el curso de la batalla de Lepanto. “En un lugar de Granada, de cuyo nombre no puedo olvidarme”, empieza la novela donde María la bailadora acaba por convertirse en una guerrera de leyenda que encuentra en el navío “La Marquesa” a un joven soldado enfermo llamado Miguel de Cervantes que escribe poemas y que será gravemente herido por un arcabuz en la batalla de Lepanto, a causa de lo cual perderá la mano izquierda.

Herencia de la que América es privilegiada primogénita. La proyección americana del *Quijote* es tanto más sorprendente cuando se sabe de la frustración y resentimiento de Cervantes al no haber sido nombrado en las Indias, tal como se desprende de la carta que el 17 de febrero de 1582 dirige a Antonio de Eraso, del Consejo de Indias, agradeciéndole por el interés que se había tomado por su pretensión de encontrar un destino en el Nuevo Mundo. No era ésa la primera vez que lo intentaba, ni sería la última. En todas fracasaría, incluso cuando, años después, el 21 de mayo de 1590, solicitó en forma simultánea varios puestos vacantes: contador del Nuevo Reino de Granada o de las galeras en Cartagena, gobernador de la provincia de Soconusco en Guatemala o corregidor en la ciudad de La Paz. La respuesta fue rápida —menos de quince días— y lapidaria: “Busque por acá en qué se le haga merced”.<sup>19</sup>

Claro es que en el imaginario de algunos escritores Cervantes viajará como funcionario a las Indias. En el relato *Historia de alguien* José Balza propone el “ejercicio narrativo” de recrear el momento en que Cervantes empieza a escribir el *Quijote*. El autor está en América porque Felipe II le ha concedido su deseo de tener un puesto oficial en el Nuevo Mundo. “Estaba en las Indias, como había soñado, como habían soñado tantos otros”, se dice. En América comprende que si bien “la pluma es lengua del alma”, únicamente en “un Nuevo Mundo se puede desafiar la retórica: convertir en versiones libres todo lo que ya ha sido y será codificado. Sólo dentro de esta luz y ante este mar que lo convoca y lo acoge podrían surgir los versos que ya se le convierten en prosa: la historia de un otro y su otro, el refugio de alguien múltiple”. En ese momento, el Cervantes indiano deja que la pluma escriba la primera frase: “En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme”.

Sin embargo, sabemos que en la realidad Cervantes debió buscar “por acá” su destino y olvidarse con cierto despecho de América. Las Indias son el amparo de los desesperados de España, “iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas [...] añagaza general de mujeres libres” —diría en *El celoso extremeño*, para sentenciar que son “engaño común de muchos y remedio particular de pocos”.<sup>20</sup> El “remedio particular” de pocos, la verdadera fortuna americana, sería para

<sup>19</sup> José Balza, “Historia de alguien”. *El síndrome de Pierre Menard*, Juan Manuel de Prada, antología y prólogo, Barcelona, FNAC, 2005.

<sup>20</sup> Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, nota preliminar de Jorge Luis Borges, Buenos Aires, Emecé, 1946, p. 339.

el *Quijote*. En febrero y en abril de 1605 salieron los primeros ejemplares de la edición príncipe rumbo al Nuevo Mundo. 103 llegaron a Cartagena de Indias, 262 a México y pese a la censura de que fuera objeto en algunos puertos,<sup>21</sup> apenas dos años más tarde —en 1607— Don Quijote ya era personaje en una popular representación teatral en el Perú. A partir de ese momento, los eruditos detectan su presencia en todo el continente.

Pero Don Quijote no sólo se “trasplanta” a las Indias como un héroe popularizado gracias a sus desgracias con las que se identifican, cuando no se solazan en forma revanchista, los humildes y explotados, sino que tiene “descendencia”.<sup>22</sup> Esa “descendencia” puede ser incluso femenina como propone *La Quijotita y su prima* (1818) de José Joaquín Fernández de Lizardi, aunque en su perspectiva el quijotismo no sea precisamente una virtud.<sup>23</sup> Descendencia que puede ser también una forma de la inmortalidad como sugiere el cuento “D. Q.” de Rubén Darío, donde el protagonista, un extraño abanderado de la compañía que lucha en Santiago de Cuba, tiene como cincuenta años, aunque podría haber tenido trescientos, ya que “miraba profundamente con una mirada de siglos”.<sup>24</sup> Una vez patrióticamente inmolado se descubre que es Alonso Quijano.

Al modo del *Orlando* de Virginia Woolf, el personaje de Cervantes vive a través de los siglos una misma existencia. Con otras palabras lo afirma Tulio Febres Cordero para explicar en 1905 su presencia en América: por “transfusión espiritista” Don Quijote vive y viaja, aparece y desanda por el mundo, encamando el espíritu de cada época. En ese

<sup>21</sup> Reinaldo Arenas se refiere a que “el mismo *Quijote* había sido retenido en un bergantín sin decidirse la aduana a desembarcarlo por ‘traer cosas de la vida muy mundana y falaz’. Y allí se consumían, entre polillas y aguardientes dulzones, todos aquellos gruesos volúmenes, hasta que al fin los marineros decidieron contrabandearlos”. Reinaldo Arenas, *El mundo alucinante*, Caracas, Monte Ávila, 1968, p. 48.

<sup>22</sup> El padre Quijote, párroco de El Toboso, desciende de un personaje de ficción —Don Quijote— lo que provoca la sorpresa del obispo: “¿Cómo [se] puede descender de un personaje de ficción?”, véase *Monseñor Quijote*, Barcelona, Edhasa, 2002 (Biblioteca Graham Greene).

<sup>23</sup> Fernández de Lizardi, defensor de la educación femenina, contrapone en *La Quijotita y su prima* la formación intelectual ilustrada de Pudenciana a la de su prima Pomposa, apodada Quijotita por sus “locuras”, mimada y malcriada por sus padres. “Pomposa, aunque seas bonita, / y aunque ves que te queremos, / no por eso dejaremos / de llamarte *Quijotita*; / y pues tu locura incita / a ponerte este renombre”. la bautizan sus compañeros de colegio. Mientras la primera aprende a desenvolverse en forma independiente en la sociedad gracias a sus conocimientos prácticos y técnicos, la segunda es víctima de su falta de formación y muere dramáticamente.

<sup>24</sup> Rubén Darío. “D. Q.”, en *Cuentos completos*, Managua, Nueva Nicaragua, 1994, p. 360.

momento es “apóstol de la ciencia y del progreso”.<sup>25</sup> Años después, en 1943, tras la Guerra Civil española, Mario Aguilera Fuentes en el ensayo *En un lugar de América*, imagina a Don Quijote deambulando exiliado por tierras americanas.

*Una obra abierta e inconclusa*

EN buena parte, si Don Quijote establece tan activo diálogo con su capacidad transformadora, es porque la obra original que narra sus aventuras y desventuras invita desde el propio texto a nuevas versiones e interpretaciones merced a los sugerentes equívocos que procuran una ambigua autoría compartida. Hay que recordar que el propio Cervantes se disimula detrás de la presunta traducción española por parte de un morisco aljamiado de una obra escrita en arábigo titulada *Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*. Una historia de cuya veracidad duda el propio Don Quijote al recordar que es innato en los moros “ser embelecaadores, falsarios y quimeristas”.

Sean historia, ficción, “traducción novelada” o mero calco ficticio de un manuscrito historiográfico fraudulento, Don Quijote y Sancho ya son conscientes en la segunda parte publicada en 1615 que sus aventuras de la primera parte han sido narradas con éxito (hablan de doce mil ejemplares vendidos). Se saben personajes “escritos”, en cierto modo inmortalizados, aunque Sancho precise que entre los lectores hay “diferentes opiniones: unos dicen loco, pero gracioso; otros, valiente, pero desgraciado; otros, cortés, pero impertinente”,<sup>26</sup> parecer que ya contiene las dos tendencias interpretativas posteriores en que se dividirá la crítica: la cómica y la seria.

Personaje “escrito” al que aspira Don Quijote desde su primera salida. Sabe que alguien en “los venideros tiempos” escribirá “la verdadera historia” de sus “famosos hechos”, aunque lo haga con una ampulosa retórica clásica que Cervantes parodia: “Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos [...] cuando el famoso caballero don

<sup>25</sup> “Don Quijote es un fenómeno del mundo invisible, un ente particular, que ora por hipnotización, ora por transfusión espiritista a través de las generaciones, cualquiera que sea su *medium* evolutivo, es lo cierto que el Héroe de los Molinos de Viento, vive y viaja, aparece y desanda por el mundo, como el judío errante: en él ha encarnado el espíritu de cada época”, en Tulio Febres Cordero, *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha*, Mérida, Universidad de los Andes, 2005, p. 210.

<sup>26</sup> Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Joaquín Gil, 1932, tomo II, p. 523.



Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante...". El hidalgo puede proyectar satisfecho la "dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro".<sup>27</sup>

Don Quijote vivirá así sus aventuras en función del "sabio encantador" que será "coronista desta peregrina historia", recurrente protagonismo donde los papeles no dejan de mezclarse y tornarse paradójicos: el personaje literario tiene una mayor verosimilitud de ser un héroe real al ser sujeto de una ficción en segundo grado. El hecho que se escriba y publique su historia le otorga una gran "autonomía" e intensifica la "ilusión" de que tiene una existencia previa e independiente de la que se puede leer en el texto, ilusión que Edward C. Riley resalta al recordar que el propio Cervantes ironiza sobre el ser histórico de Don Quijote y que "como tal, pues, bien podían existir versiones narrativas diferentes de su vida".<sup>28</sup>

No hay que olvidar, además, que Alonso Quijano es Don Quijote por imperio de los libros que ha leído. En muchos momentos, confrontado a la proliferación de lectores, poetas, escritores y escribidores que tratan de libros a lo largo de la obra, se manifestará incluso como agudo crítico literario. La identificación de lo imaginario con lo imaginario remite a Don Quijote a la lectura —nos recuerda Carlos Fuentes— "Don Quijote viene de la lectura y a ella va",<sup>29</sup> lo que permite a Simón Alberto Consalvi imaginar al hidalgo leyendo *La inmortalidad* e indignarse cuando Kundera afirma que "Don Quijote era virgen".<sup>30</sup> Lector de libros de caballería que lo trastornan en la obra de Cervantes, Don Quijote pasa a ser lector de *El origen de las especies* de Darwin, causa de su locura en las obras de Alberdi *Peregrinación de Luz del Día* (1874)<sup>31</sup> y de Tulio Febres Cordero *Don*

<sup>27</sup> *Ibid.*, tomo I, p. 29.

<sup>28</sup> Edward C. Riley, *La singularidad de la fama de Don Quijote*. São Paulo. Universidad de São Paulo. 1998 (*Cuadernos de Recienvenido*, núm. 8). p. 11.

<sup>29</sup> Carlos Fuentes, *Cervantes o la crítica de la lectura*, México, Joaquín Mortiz. 1992, p. 77.

<sup>30</sup> Simón Alberto Consalvi, "Discreta querrela de Don Quijote de la Mancha con el autor de *La inmortalidad*", en Ortega, ed., *La cervantada* [n. 10], pp. 271-280.

<sup>31</sup> "No hay libro moderno no hay doctrina social ni teoría política ni descubrimiento científico, cuya noticia haya escapado a su curiosidad ambiciosa". Don Quijote ha dejado de mano las hazañas de Tirante el Blanco o de Pentapolin del Arremangado Brazo por el constitucionalismo de Constant, la moral de Bentham, la filosofía biológica de Darwin. Juan Bautista Alberdi, *Peregrinación de Luz: del Día viaje y aventuras de la verdad en el Nuevo Mundo*, Buenos Aires. Choel-Choel, 1947, p. 18.

*Quijote en América o la cuarta salida del ingenioso hidalgo de La Mancha* (1905).<sup>32</sup>

Pero hay más. Alonso Fernández de Avellaneda, al apropiarse del éxito de la primera parte de la obra de Cervantes, prolonga la autoría equívoca de Cervantes en una obra apócrifa que publica en 1614 a la que, a su vez, se refiere un año después Don Quijote; no sólo al tener ecos de sus “falsas aventuras”, sino al descubrir como corrigen las pruebas de la obra en una imprenta de Barcelona. Si Sancho trata de “hideperro” a Avellaneda, Don Quijote, aunque lo califica de “ignorante hablador”, concede “retrátame el que quisiere... pero no me maltrate”.<sup>33</sup>

No puede olvidarse que queda la posibilidad —sugerida por Nabokov e ironizada por Monterroso—<sup>34</sup> de que Cervantes escribiera su propio Quijote apócrifo, lo que Edgardo Rodríguez Juliá llama una “parodia de los libros de caballería a la segunda potencia”.<sup>35</sup>

Gracias a este vasto juego de autorías compartidas, entre ficción y realidad, Cervantes incorpora al personaje Don Álvaro Tarfe de Avellaneda al capítulo LXXII de la segunda parte para hacerlo dialogar con Don Quijote, esfuminando aún más los confusos límites del mundo real con los de la ficción, esa “disolución de los bordes del espacio imaginario” a la que se refiere Félix Martínez Bonati para caracterizar la “apertura” del *Quijote* como obra literaria.<sup>36</sup> Una apertura que es al mismo tiempo de destinos posibles para un personaje tan proteico como Don Quijote.

<sup>32</sup> Febres Cordero afirma, en *Don Quijote en América* [n. 25], que los modernos libros de caballería del Progreso sustituyen a los de la caballería del honor y de las armas (p. 137), por lo que Don Quijote está convencido de que “mi patria está donde hay tinieblas que disipan, multitudes irredentas que instruir y campos sin cultivo donde aventar la fúlgida simiente del modernismo redentriz” (p. 192). En las justas y torneos de la civilización, los Caballeros del Progreso deben llevar adelante máquinas e instrumentos científicos (p. 194) por lo que el Caballero de la Triste Figura se transfigura en el Caballero cosmopolita de la Libertad y el Progreso, “apóstol de la nueva idea, enamorado del Ideal, atleta del modernismo científico y literario” (p. 130). Hasta Dulcinea se reencarna en la idea del progreso moderno, mientras Don Quijote se proclama seguidor de Darwin.

<sup>33</sup> Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* [n. 26], tomo II, p. 59.

<sup>34</sup> Afirma Monterroso: “Y nadie acepta ya que el autor del *Quijote* de Avellaneda sea otro que Cervantes, quien finalmente no pudo resistir la tentación de publicar la primera (y no menos buena) versión de su novela, mediante el tranquilo expediente e atribuirse a un falso impostor, del que incluso inventó que lo llamaba manco y viejo, para tener, así, la oportunidad de recordarnos con humilde arrogancia su participación en la batalla de Lepanto, en Monterroso, “De atribuciones”, en *Movimiento perpetuo* [n. 17], p. 26

<sup>35</sup> Edgardo Rodríguez Juliá, “El final del Quijote. Borges, Nabokov, siempre Cervantes”, en Ortega, ed., *La Cervantiada* [n. 10], p. 191.

<sup>36</sup> Félix Martínez Bonati, “La unidad del Quijote”, en George Haley, ed., *El Quijote de Cervantes*, Madrid, Taurus, 1997, p. 359.

A su regreso final, y poco antes de morir, obligado a abandonar las armas por un año por la promesa que ha hecho al Caballero de la Blanca Luna al ser derrotado,<sup>37</sup> Don Quijote propone un nuevo destino a Sancho, al bachiller Sansón Carrasco y al cura: dedicarse a ser pastores y “entretenerse en la soledad de los campos, donde a rienda suelta podía dar vado a sus pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio”,<sup>38</sup> para lo cual compraría ovejas y ganado suficiente y se rebautizaría con el nombre de Quijotiz, destino que llevará a cabo el Quijote de Alberdi en la Patagonia argentina donde funda la República de carneros de Quijotania.

Obra literaria, obra abierta y por lo tanto inconclusa, Cervantes propone en el *Quijote* un libro donde el lector y los personajes se saben leídos y el autor se sabe escrito por un escritor libresco y donde la historia de Don Quijote puede ser contada por otros. ¿No invita a ello la última línea de la primera parte: “Forsi altro canterà con miglior plectro”?; ¿no lo hace en castellano Avellaneda cuando repite el mismo verso: “no faltará mejor pluma que los celebre”?<sup>39</sup>

Las mejores plumas estarán en América. Juan Montalvo lo reconoce explícitamente, ya que según el autor de *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, el autor del *Quijote* y la importancia de *El Quijote* de Avellaneda en la configuración de la segunda parte invitan a continuar una obra que parece inconclusa, aunque se pregunte si tiene derecho “un semibárbaro del Nuevo Mundo” a intentar “emular” a Cervantes.<sup>40</sup> Al parecer le sirve de excusa la ignorancia y el atrevimiento, “prendas del hombre poco civilizado”.<sup>41</sup>

<sup>37</sup> “No quiero otra satisfacción sino que dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego”, le exige como condición del duelo el Caballero de la Blanca Luna para el caso de ser derrotado, Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* [n. 26], tomo II, 1932, p. 983

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 1034

<sup>39</sup> Alain-René Lesage, traductor al francés del *Don Quijote* de Avellaneda tomó al pie de la letra la invitación y continuó sus aventuras

<sup>40</sup> “Proponerse imitar a Cervantes, ¡qué osadía! — escribe Montalvo— Osadía, puede ser; desvergüenza, no. Y aun ese mundo de osadía viene a resolverse en un mundo de admiración por la obra de ese ingenio, un mundo de amor por el hombre que fue tan desgraciado como virtuoso y grande”, Juan Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, Ángel Esteban, ed., Madrid, Cátedra, 2004, p. 108

<sup>41</sup> El lenguaje de Cervantes nadie ha podido imitarlo, por lo que “no es bueno que un americano se ponga a contrahacerlo”, sostiene Montalvo. El “hijo de los Andes” no puede salir airoso de tal empresa, aunque “la naturaleza prodiga al semibárbaro” de ciertos bienes que “el hombre en extremo civilizado no da sino con mano escasa”: la sensibilidad y la imaginación. A ello contribuye una naturaleza americana — montañas, páramos, ríos de cauce proceloso — que infunde un amor hecho de “sensaciones rústicas”, en *ibid.*, pp. 115-116

El “semibárbaro de América” no tiene miedo y advierte que ha escrito un *Quijote* para la América española, y de ningún modo para España, pese a lo cual si algún español, “hermano en religión, lengua y costumbres”, la leyerá, le pide que sea “benévolo”, aunque como señala Gonzalo de Zaldumbide el Quijote de Montalvo “nada tiene, ni en los personajes, ni en el ambiente, ni en el paisaje, de peculiar a América”, a todo lo más “un airecillo de sierra ecuatoriana”.<sup>42</sup>

### *El Quijote indiano*

CUANDO Tulio Febres Cordero publica en 1905 —en ocasión del tercer centenario del *Quijote*— su obra *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha* es acusado del “sacrilego intento de continuar la obra de Cervantes” y de “vituperable profanación”,<sup>43</sup> desatando una fuerte polémica, lo que le permitió agotar rápidamente la edición príncipe. En una introducción a la segunda edición, Febres se defendió afirmando que Cervantes “produjo un hijo capaz de realizar en su tiempo y en los venideros” generosas empresas,<sup>44</sup> por lo que había que “aprovechar la clarísima antorcha que su genio encendió en el mundo, para llevarla a campos necesitados de esa luz benéfica” por lo que “el Héroe de los Molinos de Viento está vivo y muy vivo”. Un Quijote indiano, un Quijote criollo es —a su juicio— “acequia de regadío del río grande y majestuoso de la obra de Cervantes”,<sup>45</sup> por lo cual se puede imitarlo, aprovecharse de sus pensamientos, resucitar los personajes creados por su fantasía y tratar de continuar sus narraciones en tierra americana viviendo “aventuras modernas o modernistas”. “Vamos a correr por repúblicas democráticas, y no por vetustas monarquías” le anuncia Don Quijote a Sancho antes de emprender viaje.<sup>46</sup>

No serán todas “repúblicas democráticas” las que el Quijote recorre en ésta y en otras obras de la vasta autoría compartida de la obra

<sup>42</sup> Gonzalo Zaldumbide, *Juan Montalvo*, Puebla, Editorial J. M. Lapica, 1960, p. 71.

<sup>43</sup> “Si el solo título ‘Don Quijote en América’ indispone luego el ánimo sin poderlo remediar; si el subtítulo ‘la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha’, no nos deja ya duda de que se trata de una vituperable profanación [...] ¡cuánto crece nuestro disgusto al ver, por el segundo párrafo del prólogo, que el Quijote americano pretende ser nada menos que el mismo de Cervantes en espíritu y en verdad!”, sostiene Pedro Fortoul Hurtado en carta abierta al autor. misiva reproducida en el prólogo a la tercera edición de *Don Quijote en América* [n. 25], pp. 24-28.

<sup>44</sup> Respuesta de Febres Cordero a Fortoul Hurtado, en *ibid.*, p. 30.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 68.

de Cervantes. Por el contrario, en América se siente “el lastimero clamor de los pueblos sedientos de luz y progreso” que observa el Quijote de Febres Cordero. Sin embargo, el quijotismo será ingrediente esencial de lo americano. Ana María Borrero lo verá incluso, en 1943, como un verdadero bastión de resistencia ante “los impulsos vitales recibidos de los Estados Unidos”. Nada mejor que las palabras de esta cubana para terminar este periplo felizmente inconcluso entre los cronistas de la “peregrina historia” que nos propuso en 1605 Cervantes y su misterioso *alter ego* morisco:

Quijotes por herencia directa y por la ensoñación perenne de nobles aventuras, pero Quijotes domeñados, podados por el sol de los trópicos, no hemos de perder sin duda nuestras capacidades espirituales ante las disciplinas que se avecinan, sino que, muy al contrario, llegaremos más presto al equilibrio que sólo es capaz de producir el viejo rosal de antiguas culturas en la fresca y fragante rosa de América.<sup>47</sup>

<sup>47</sup> Ana María Borrero, “Cuba espera su hora”, *Revista de La Habana*, I 11 (1943), p. 476.